

liarse á la religión católica como á la mejor de todas las disciplinas sociales. Enunciados en la forma religiosa, los principios metafísicos, ya muy fuertes por sí mismos desde el momento en que se ha olvidado su origen, se convierten en la mayor fuerza de que pueden abusar los conductores de hombres.

La mayoría de los intelectuales de nuestra época, inducidos por los progresos de la ciencia, ó sencillamente por la evolución de la mentalidad universal, á no creer en Dios, conservan todavía su valor absoluto á principios metafísicos, como el bien, el mal, la justicia, etc., porque ignoran ó desconocen su origen histórico. Conozco intelectuales que son tan intransigentes sobre estos principios como el más fanático de los creyentes. Es de celebrar que los hombres no sean lógicos y que nos gobierne el sentimiento allí donde la razón no podría hacernos escoger entre dos alternativas. Con el pasado que tenemos, cuyos errores sucesivos se han inscrito en lo más profundo de nosotros, sucumbiríamos evidentemente á la lógica pura; no podríamos salir, sin morir, del baño de error en el que han evolucionado nuestros antepasados, del mismo modo que un pez de mar muere cuando se le echa en agua dulce porque se rompe su equilibrio.

UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1425

LIBRO III

EL DESARROLLO DE LAS SOCIEDADES

CAPÍTULO VI

Explotación del patrimonio social.

38.—EL PROGRESO.

Todas las nociones metafísicas de derecho y de deber han nacido hace mucho tiempo en la mentalidad de los hombres; hemos podido estudiar su origen, remontándonos á épocas durante las cuales la sociedad estaba reducida á familias ó tribus que vivían de la caza y de la pesca. Las nociones de propiedad y de derecho, apoyadas durante muchas generaciones en la capacidad de dañar del propietario, se habían incrustado en la mentalidad de los hombres, aunque sin tener todavía bastante fuerza para retenerlas siempre cuando su interés estaba por medio. Creo que el jefe de familia que despojaba de

su patrimonio á un vecino debilitado tenía conciencia de que cometía una injusticia; sin embargo, la cometía, seguro de la impunidad; la forma religiosa de las nociones metafísicas, sustituyendo á la única voz de la conciencia el temor de un castigo divino, hizo más eficaces los sentimientos de derecho y de deber. Sea lo que sea, á partir de cierta época, estos sentimientos existieron en la mentalidad de nuestros antepasados, formaron parte de su mecanismo y tenemos que tomarlos en cuenta cuando estudiemos sus adaptaciones ulteriores. Gracias á la existencia de esos sentimientos sociales fueron posibles los progresos en la utilización del patrimonio social. Reducidos á la caza y á la pesca los medios de existencia de los primeros hombres, eran demasiado precarios para que la población de un territorio pudiera ser densa; el menor aumento del número de los habitantes daba lugar á competencias terribles, á batallas sin fin. En efecto, el territorio era capaz de alimentar un número limitado de seres vivos; pero entre esos seres vivos había, además de los hombres, especies útiles al hombre y especies nocivas é indiferentes. El hombre se hizo el amo del mundo porque era fuerte é inteligente. Comprendió que su interés era destruir las espe-

cies nocivas é indiferentes, lo que su fuerza le permitió hacer, y comprendió también que su interés era desarrollar las especies útiles, y lo consiguió, porque era inteligente y se entendía con sus vecinos. Un país que antes, cubierto de bosques y animales salvajes, podía alimentar difícilmente algunas familias humanas, resultó capaz de sustentar centenares de ellas en cuanto estuvo poblado únicamente de cereales y de animales domésticos. Esta explotación del patrimonio de la familia permitió un aumento considerable del número de sus miembros, y, como había alimentos para todos, este período debía haber sido un período de paz, sin la envidia, que es fatalmente, en la mentalidad de los hombres, la señal indeleble de la naturaleza belicosa de la vida. Por otra parte, las poblaciones bien alimentadas y que viven en paz aumentan rápidamente; al cabo de cierto tiempo, el país resulta muy exiguo para alimentar á todos sus habitantes; entonces había que extenderse, ya cultivando nuevos países, ya invadiendo las tierras de una tribu vecina, si todas las tierras estaban ya ocupadas por hombres. De este modo, alejada durante algún tiempo por la abundancia de la alimentación, la guerra se hacía inevitable cuando la población de un país se ha-

bía hecho muy densa. La multiplicación de los hombres en tiempo de paz prepara fatalmente guerras próximas. Si los poetas han cantado una edad de oro es por el recuerdo de un período de paz y de opulencia que tuvo una familia humana en un país fértil y que duró hasta que el número de sus habitantes fué demasiado grande. Esta edad de oro hubiera, sin duda, durado más, si la procreación de los hombres hubiese sido reglamentada y limitada, como lo pretenden hoy los malthusianos. Pero los que han penetrado los secretos de la biología se preguntan si no hubiera sido el remedio peor que la enfermedad. La vida, que es una lucha, sólo se mantiene por la lucha. Esta lucha puede tener por objeto, ya defenderse contra otros seres vivos, ya resistir á las intemperies, ó explotar el patrimonio social; esta lucha, ya sea de orden belicoso ó de orden laborioso, es indispensable, á causa de la naturaleza misma de la vida. En un país donde una población pequeña hubiera hallado sin esfuerzo fuentes de miel y ríos de leche, sin competidores de ninguna clase, la especie hubiera degenerado muy pronto bajo la influencia de la ociosidad.

Más tarde hablaremos del sueño utópico de los pacifistas; ocupémonos, por ahora, de la

explotación del patrimonio social, estudiándole primeramente en épocas en que los hombres eran poco numerosos en los países que habitaban.

Como ya he hecho observar precedentemente, una de las condiciones necesarias para el establecimiento de las sociedades es que el trabajo de un individuo produzca un resultado más importante que aquel de que se aprovechará el mismo individuo; si cada uno no hiciese más que lo que necesita para vivir, dos congéneres no tendrían ningún interés en asociarse; la división del trabajo ha podido realizarse en el comienzo de las sociedades porque la producción de un individuo sobrepasa á sus necesidades individuales.

39.—CIVILIZACIÓN Y ADAPTACIÓN.

La llanura y el bosque podían aportar su contingente al mantenimiento de una familia establecida en el linde de un bosque montuoso. Algunos de los hijos cazaban en los bosques; otros domesticaban animales ó cultivaban la tierra en el valle. Esta división del trabajo era tanto más útil á todos cuanto que cada uno, ejerciendo más particularmente

una profesión, se hacía más hábil en ella. Aun sin lazo familiar, podía formarse una alianza entre pueblos labradores ó pastores y montañeses cazadores, como lo hemos visto respecto del «black-mail» en las fronteras de Escocia. Á medida que el patrimonio social adquirió más valor, habiendo sido cultivadas las llanuras y multiplicado el rebaño, hubo que pensar en defender estas riquezas contra los vecinos; fueron necesarios guerreros, y los pastores alimentaban á los guerreros que los defendían; pero había en eso un peligro evidente, porque la costumbre de la paz hacía á los cultivadores impropios para el ejercicio de las armas, y los soldados podían ser arrastrados por su avidez natural á abusar de su fuerza para tomar más de lo que se les debía. Y eso se produjo, sin duda, muchas veces. Hubo una jerarquía en los hombres, como había grados en su capacidad de dañar. Sucedió en ciertos casos que los trabajos de los campos fueron confiados por los guerreros vencedores á los vencidos desarmados y reducidos á la esclavitud. Esa era, poco más ó menos, la condición de nuestros antepasados en la Edad Media.

Á medida que los hombres, hechos los dueños del mundo, no tuvieron otros enemigos serios que los hombres, á medida que aumen-

tó el bienestar, aumentaron también las necesidades; el gusto de la lucha desaparecía más y más, se temió la lucha contra las intemperies, y se desearon vestidos y habitaciones cómodas. El hombre no advirtió que cada paso adelante en la vía del bienestar le quitaba su libertad primitiva; hoy día somos esclavos del progreso social. Cada vez que nuestros antepasados inventaron un útil nuevo, tomaron muy pronto la costumbre de servirse de él, y, por consiguiente, perdieron la costumbre de pasar sin él. Esta adaptación rápida á condiciones nuevas de vida ocasiona, por desuso, la atrofia de los órganos que no se utilizan en el funcionamiento cotidiano. No temo ser contradicho si afirmo que la mayoría de nuestros contemporáneos serían condenados á una muerte miserable en el caso en que una revolución les redujese á los recursos de los hombres de las cavernas. De este modo, la costumbre del bienestar, disminuyendo el valor del hombre individual con relación á la naturaleza, ha estrechado los lazos sociales que una alianza belicosa ó defensiva había formado primitivamente. Esta alianza, consentida libremente entre hombres libres y fuertes, se ha convertido en una obligación que se impone á los individuos degenerados

en el bienestar. Una célebre poesía de Sully Prud'homme ha expuesto los terrores del hombre que se veía en sueños «abandonado de todo el género humano». La miseria es tan grande para este pobre esclavo de las necesidades adquiridas que, despierto de su pesadilla, exclama:

*¡Je connus mon bonheur, et qu'au siècle où nous sommes,
nul ne peut se vanter de se passer des hommes;
et depuis ce jour-là, je les ai tous aimés! (1)*

El segundo verso de la estrofa expresa una verdad profunda, pero el último se resiente de nuestra hipocresía acostumbrada. No se ama á las personas á quienes está uno sujeto por necesidad, porque se reconoce que no se puede prescindir de ellas; el noble poeta que acabo de citar era sin duda extraño á la envidia para suponer su existencia en sus congéneres; pero Lafontaine ha enunciado no sé dónde una gran verdad biológica, en la que hubiera debido pensar: «Nuestro enemigo es nuestro amo».

La sociedad, de la que no podemos prescindir, nos priva por eso mismo de una gran parte de esa libertad que apreciamos tanto;

(1) Aprecié mi felicidad, y que en el siglo en que estamos, nadie puede prescindir de los hombres; y desde ese día, los he amado á todos.

es nuestro amo, y no se quiere al amo. Esos lazos que la preocupación de nuestra comodidad individual estrecha cada día más á nuestro alrededor, no son lazos de amor, sino de interés, y por ello son más sólidos. El sabio se preocupa de su libertad y de su dignidad y reduce al *mínimum* esos lazos del bienestar; trata de disminuir el número de sus necesidades para disminuir su odiosa esclavitud; pero por mucho que haga, criado entre algodón por sus padres, sometido á un largo período de educación social, seguirá siendo una simple rueda de una organización, aunque posea en su cerebro de hombre deseos de independencia y libertad.

Un ser humano, con su mecanismo maravilloso, se adapta á nuevas condiciones de existencia sin modificarse en su totalidad. No por ser miembro de una sociedad, en la que desempeña un papel determinado que le da derecho á las ventajas de la vida social, es incapaz de hacer y desear otra cosa. En este sentido es muy diferente de un elemento histológico que, enteramente adaptado á su papel local en el animal, pierde toda posibilidad y toda veleidad de vida individual. Gracias á su prodigiosa inteligencia el hombre puede, por el contrario, aprender oficios nuevos, adquirir necesidades nuevas por

una simple complicación de un organismo que sigue siendo, sin embargo, capaz de otras mil adaptaciones. Estas adaptaciones de los individuos sucesivos de una raza humana son, por otra parte, tan variadas de una generación á otra, que la mayoría de ellas no podría inscribirse en el patrimonio hereditario de los individuos. La tradición, y no la herencia propiamente dicha, es la que hace que seamos hombres de nuestro tiempo. Decía hace poco que, reducidos bruscamente á la condición de hombres de las cavernas, la mayoría de nuestros contemporáneos serían condenados á morir de miseria; pero creo que los niños, tomándolos muy jóvenes, podrían hoy día ser criados de manera que pudieran pasar sin casi todos los productos de la civilización; la vuelta á la barbarie, imposible ó, á lo menos, muy dolorosa en los adultos, sería acaso muy fácil para los niños.

La observación, á la que acabo de ser conducido, me parece biológicamente muy importante. Cada uno de nosotros es un producto de la herencia y de la educación, pero, si un carácter es el resultado de la educación, puede desaparecer, de una generación á otra, mientras no se haya inscrito en nuestra herencia. Supongamos por un instante (lo que seguramente es exagerado, pero contie-

ne una gran parte de verdad) que ninguna de las adaptaciones á las que el hombre ha estado sometido desde la aparición de las industrias se haya grabado en nuestra herencia; entonces podríamos decir que los hombres del siglo xx dan nacimiento á pequeños individuos que no difieren en nada, al nacer, de lo que eran sus antepasados contemporáneos de Abraham ó de Jacob. Pero estos pequeños individuos están sometidos á una educación del siglo xx, y se convierten, por imitación, en hombres del siglo xx. Ahora bien, los resultados de la educación son muy superficiales con relación á los que provienen, en la evolución individual, del patrimonio hereditario propiamente dicho; y por eso es por lo que no es necesario arañar mucho para hallar, bajo nuestro barniz de hombres civilizados, mentalidades de trogloditas.

Ya he expresado esta opinión en otra forma (1). Las modificaciones que producen la ciencia y la industria en las condiciones de nuestras vidas personales se acumulan con una rapidez vertiginosa. Las variaciones que se producen en nuestras herencias son lentas, infinitamente lentas, si aún no hemos lle-

(1) *Biologie constructive et biologie destructive.* Bull. Univ. Bruxelles, 1910.

gado hoy al término de toda evolución, como lo he dejado suponer en un libro reciente (1). Si esto es así, nuestras adaptaciones son individuales y no específicas; el fondo de nosotros, el fondo de la especie, es invariable ó cambia poco. ¿No es ésa la causa del malestar que, á pesar de nuestra hipocresía, agita á cada uno de nosotros? ¿Somos monos que imitan al hombre civilizado?

40.—LA CIENCIA, PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD.

Sea lo que quiera de todas las consideraciones expuestas en el párrafo precedente, no es menos cierto que el hombre adulto de nuestros días está unido á sus congéneres por sus necesidades de hombre social. Hoy día la vida de cada uno está sometida á la necesidad de la colaboración de todos. El egoísmo y el bienestar han estrechado los lazos sociales que había hecho nacer una apreciación exacta de la capacidad de dañar de los individuos de la especie. Por eso, durante los períodos de paz que han separado las guerras en la historia de los diferentes pueblos, los hombres han colaborado en una

(1) *La stabilité de la vie*, Paris, Alcan, 1910.

obra común, que ha aumentado prodigiosamente el poder del hombre y le ha elevado infinitamente sobre los demás habitantes de la tierra. Esta obra común es la ciencia, patrimonio de la humanidad.

La inteligencia de cada uno de nosotros es la facultad que tiene de sacar partido de su experiencia. Gracias al lenguaje articulado, cada uno de nosotros, además, ha podido sacar partido de la experiencia de los demás, y ése es el origen de la Ciencia. Las adquisiciones de las generaciones sucesivas eran explicadas á los niños y les servían para sus necesidades individuales, permitiéndoles hacer nuevas experiencias de las que todo el mundo se aprovechaba. Así, el primer carácter de la ciencia ha sido su impersonalidad; los descubrimientos hechos por cada uno eran útiles á todos.

La ciencia tuvo, sin duda, un carácter nacional. Las conquistas de los sabios de un país eran utilizadas por ese país en sus luchas contra los vecinos. Pero los hombres son demasiado semejantes de pueblo á pueblo para que los descubrimientos útiles á una nación no fueran imitados pronto por las naciones vecinas. Á despecho del egoísmo nacionalista, los descubrimientos científicos han pasado siempre, más ó menos pronto, las

fronteras. Aun hoy día se esfuerza vanamente cada país en conservar el secreto de los mecanismos guerreros destinados á la defensa nacional; al cabo de algunos años, y aun de meses, es el secreto de Polichinela. La difusión fatal de la ciencia á través del mundo es el mayor lazo que une á los hombres, y casi diría que el único. Y los hombres están orgullosos de la ciencia creada por los hombres. Cada uno se enorgullece de las conquistas de todos; el progreso de la ciencia da un fin común á una humanidad que todos sus intereses dividen. Hay una marcha hacia adelante que se sigue independientemente de toda consideración utilitaria. No se pregunta uno si la ciencia es buena ó mala, útil ó nociva á la felicidad de los individuos; la curiosidad y el vértigo del progreso valen más que cualquier otra consideración.

...! Audax omnia perpeti gens humana ruil per velitum nefas!

Esta «carrera al abismo» me parece ser, para los que necesitan una prueba, la demostración más perfecta de la no libertad humana. No se pregunta uno dónde va; se busca, y no se escucha al filósofo desengañado que exclama: «Lo que hay de terrible, cuando se busca la verdad, es que se encuentra» (1).

(1) Rémy de Gourmont.

Á lo menos, se está orgulloso de ser hombre, á causa de la ciencia, y ya es algo hallar una ocasión de estar orgulloso, cuando hay tantas razones para no estarlo.

La industria aplica los descubrimientos de la ciencia, y el mundo habitado por el hombre se convierte en un vasto mecanismo, en el que cada uno tiene un papel personal cada vez más borroso. Tomo del admirable discurso pronunciado por Anatole France en Tréguier la frase siguiente, que no es la más hermosa del discurso, pero que da una idea sintética del estado actual del mundo:

«Sobre un suelo trepidante del soplo del vapor y de los choques de la electricidad, las naciones inmensas, antes enemigas, rivales todavía, cogidas todas á la vez, irritadas y con armas, en la red de acero con la que la ciencia y la industria han rodeado el globo, ciudades, pueblos y razas, mil seiscientos millones de hombres trabajan los unos para los otros, ignorándose y odiándose mutuamente en los lazos que los unen.»

Esa red de acero, formada por las líneas férreas y los telégrafos, está completada por las líneas de navegación que surcan el mar; y cada uno de nosotros utiliza á cada instante los productos agrícolas ó industriales que suministran los países más lejanos. Nada de

lo que pasa en el mundo nos es ya indiferente: sufrimos en Francia el golpe de rechazo de lo que pasa en Australia, y si la recolección es mala en la India, estamos expuestos á pagar más caro el pan. Desde cierto punto de vista, cada uno de nosotros es verdaderamente un ciudadano del mundo; el globo todo entero, con sus ferrocarriles y sus fábricas, es el laboratorio que alimenta nuestra vida individual, y de ello resulta, ciertamente, un aumento de bienestar para todos; pero este aumento de bienestar supone necesariamente una disminución sensible de la libertad individual. Cuando más acostumbrados estamos á utilizar los productos de los demás hombres, más dependemos de los que lo fabrican y transportan para nosotros. El labrador atrasado de las colinas bretonas es más libre que los habitantes de las grandes ciudades; abona su pedazo de tierra con el estiércol de sus bestias, y produce en su campo todo lo necesario á su alimentación; sólo por el vestido depende de la colectividad. Por el contrario, el habitante de las grandes ciudades espera todo de los demás; no puede, de ningún modo, bastarse á sí mismo, y si los demás hombres cesan de trabajar, muere de hambre y de frío. En el estado de barbarie es en el que el hombre goza de ma-

yor libertad; es verdad que la preocupación de la defensa personal le quita mucho de la tranquilidad que necesitaría para aprovisionarse.

Ciertos filósofos han tratado de resolver la cuestión de saber si el hombre es más feliz en el estado de barbarie ó en el de civilización. Es evidente que esta cuestión no podría ser resuelta de una manera absoluta; hay mucho en pro y en contra, y todo depende del punto de vista en que uno se coloque.

La única conclusión que podemos sacar de las consideraciones precedentes es que la costumbre del bienestar proporcionado por la industria y el comercio hace á los hombres solidarios unos de otros; cuanto más progresa la industria y más extiende su dominio la ciencia, más disminuye la independencia de cada individuo. La alianza entre los hombres se ha producido primeramente porque cada uno respetaba, en su congénere, una capacidad de dañar igual á la suya propia; hoy día la alianza resulta de que cada uno reconoce, en su semejante, una capacidad de producción de la que él mismo espera efectos útiles. ¿Hay que deducir de esto que la alianza de hoy es más fraternal y está basada sobre una afección recíproca? La naturaleza del hombre actual es muy parecida á la de sus an-

tepasados para que tal interpretación pueda sustentarse. Un hombre que necesita del trabajo de otro hombre respeta en este último la capacidad de dañar que podría adquirir cesando un trabajo útil; esta capacidad de dañar es tanto más fuerte cuanto que el obrero está más especializado en un oficio difícil, y más difícil de reemplazar en ese oficio, si tiene la fantasía de cruzarse de brazos.

Un obrero que ejerce una profesión indispensable y difícil de aprender (1) sería un amo temible, si fuera capaz de bastarse á sí mismo; pero también él está civilizado y tiene necesidades creadas por la civilización, lo que disminuye su capacidad de dañar; porque depende de los demás tanto como ellos dependen de él, se ve, por tanto, obligado á consentir en formar parte de un mecanismo y á renunciar á una parte de su libertad individual. Cada uno lo hace por sí propio, pero, gracias á la hipocresía universal, esta asociación de intereses complementarios entre sí adquiere cierto aire de fraternidad, que ha podido engañar á algunos filósofos optimistas.

(1) Un cirujano notable ha pedido 100.000 francos por una inyección y los tribunales lo han aprobado.

41.—LA PROPIEDAD.

Explotado por la industria y la ciencia, unificado por las líneas de transportes marítimos y terrestres, el globo entero es el patrimonio de cada hombre considerado en particular, puesto que cada hombre utiliza, para su vida individual, productos de los diferentes puntos del globo, confeccionados ó transportados por los útiles industriales. Se podría pensar que ese mecanismo productor, que es el mundo, explotado por la ciencia, pertenece á todos los hombres indistintamente, ó, si se prefiere, no pertenece á nadie, lo que es lo mismo. Pero para creer tal cosa posible, hay que olvidar la naturaleza humana antigua, que recubre, sin modificarla sensiblemente, un barniz de civilización. Actualmente, el mundo produce bastante alimentación y tejidos para que todos los hombres estén alimentados y vestidos. No sucederá lo mismo el día en que la población haya aumentado excesivamente, pero todavía hay vastos territorios que explotar, y ese momento fatal está lejano. Así, pues, hoy el mundo produce bastante para que todos los hombres coman; y, sin embargo, hay gentes que no tie-

nen que comer, ó, por lo menos, no tienen bastante que comer. Eso se debe á que todos tenemos un instinto de propietario, que es casi tan fuerte como nuestro instinto de conservación.

Hemos asistido precedentemente al nacimiento del instinto de propiedad; proviene naturalmente de la costumbre, del uso, y está sostenido por la capacidad individual de dañar. El hombre de las cavernas era propietario de su botín cuando era bastante fuerte para defenderle contra la codicia de sus vecinos; se hacía propietario del país en que cazaba cuando era bastante fuerte para impedir á los demás que penetraran en él. Y si gozaba durante mucho tiempo de la propiedad de su caverna y de su terreno de caza, adquiría en su conciencia la noción de los derechos sagrados del propietario. Se consideraba lesionado en sus derechos sagrados si un vecino más fuerte le desposeía de su patrimonio, empleando, para apoderarse de él, los mismos procedimientos que él, propietario, había puesto en práctica para adquirirlo ó conservarlo.

El sentimiento de la propiedad, ya muy fuerte en los hombres primitivos (lo es lo mismo en todos los animales, por el hecho mismo de que viven y están sometidos á la ley

de la costumbre), aumentó cuando se trató, no ya de terrenos de caza, sino de regiones fértiles que el propietario había fecundado con su trabajo. Este sentimiento llegó á formar parte integrante de la mentalidad humana. Se podría decir, sin duda, que el hombre es un animal propietario. Esta noción de la propiedad, que estuvo primero en relación con la satisfacción de necesidades individuales, llegó á adquirir, como todas las nociones metafísicas, un carácter absoluto, independiente de las circunstancias que la habían hecho nacer. Las legislaciones más antiguas han defendido la propiedad contra la codicia de los vecinos; el Decálogo contiene el precepto: «No te apoderarás del bien ajeno».

Por otra parte, hemos visto cómo ha nacido la noción de mérito; la recompensa del mérito fué, en la mayoría de los casos, un aumento de la propiedad del hombre merecedor. Por su trabajo, por servicios prestados á la comunidad, el hombre se hizo propietario de tierras, útiles y provisiones. La ley defendía la propiedad individual, y hubo maneras legales de adquirir propiedades, y toda propiedad adquirida legalmente fué protegida por la ley.

A partir del momento en que el derecho de propiedad fué inscrito en los códigos y en las